

LAS FALSIFICACIONES DE LA HISTORIA (en relación con la de España)

Julio Caro Baroja

Editorial Seix Barral, S.A. Colección Biblioteca Breve. 213
págs. Barcelona, 1992

RIEV. Revista Internacional de los Estudios Vascos.
Año 41. Tomo XXXVIII. N.º 1 (1993), p. 201-204
ISSN -
Donostia: Eusko Ikaskuntza

Para los que creemos que la mayor parte de la Historia está hecha, en cierto modo, de grandes falsificaciones, al menos de la manera en que ha llegado a nuestros días (lo que es lo mismo que decir que no creemos gran cosa de lo que la Historia convencional y hasta bienintencionada nos quiere hacer pasar por bueno) no nos resultan demasiado sorprendentes, aunque sí curiosos, estos ejemplos espigados por Julio Baroja en el amplio y ubérrimo jardín de la Historia de España.

En la Introducción del libro pasea su erudición de lecturas mil y de memorión envidiable por una serie de falsificaciones que, anecdóticamente al menos, tienen amenidad e interés, y que se reparten bien sea por la arqueología, la pintura, textos históricos y literarios antiguos, inscripciones, documentos eclesiásticos medievales, etc., todo lo cual sirve como aperitivo al primer caso expuesto, el del 'falso Beroso', una crónica histórica de singulares perfiles en donde se involucran una serie de personajes que comienzan en Giovanni Nanni, ensombrecido por una variante nominal de su propia personalidad, Annio de Viterbo. Giovanni Nanni es un dominico del siglo XV que propone una Crónica de Beroso, un autor caldeo, a través de una colección de textos. Por otra parte, de la falsedad de estas crónicas, como de las de Auberto, Juliano, Dextro, etc., se hacen eco muchos historiadores como podrá darse cuenta cualquiera que se asome a obras que se refieran a las primeras incidencias de la Historia de España. Caro Baroja nos habla, por extenso, de Annio de Viterbo, nos presenta aspectos curiosos de su personalidad y escritos, expone la enumeración de los primitivos reyes de España, las relaciones de la toponimia real con la falsa antroponimia, etc., recayendo, naturalmente, en lo que sigue siendo un manantial de interpretaciones de esa época de la Historia peninsular, el 'tubalismo', con un primer personaje, Tubal, que se nos sitúa 'en 143 años después del diluvio y 730 antes de la fundación de Troya'. Hablando del 'tubalismo' naturalmente, era de obligada referencia la mención de Florián de Ocampo, y en lo que a la Historia del País Vasco se refiere, la del mondragonés Esteban de Garibay y Zamalloa, de quien no deja de decir que, a pesar de sus valiosas propuestas sobre la Historia de la Edad Media, la fascinación por el Beroso de Annio de Viterbo, perjudicó mucho su reputación. De Garibay arranca, en gran parte, no sólo la especie de que fue el primer poblador de España, sino también de que con él se instala la lengua vasca, proponiendo a nuestra consideración sus ideas o conjeturas sobre 'las bases comparativas del vasco-iberismo' que, al menos, pueden sugerir ciertas reflexiones sobre el tema, ya que estas ideas garibayanas siguen vigentes en el País Vasco hasta muy tarde, fructificando, hasta en el mismo siglo XVIII en el padre Larramendi, quien en su "Corografía de Guipúzcoa", no dudará en afirmar que el eusquera o vascuence 'empezó a vivir en Babel, en que Dios se la infundió a Tubal y a su familia, que vinieron con ella a España'. Toda esta cuestión, que ocupa la primera y parte del libro, es del máximo interés y tiene una amenidad natural que el autor sazona adecuadamente.

En la tercera parte, lo que el autor nos propone es la lectura de lo acontecido con respecto a ciertos textos que, a fines del siglo XVI, aparecieron en Granada, y que son conocidos

como 'los plomos del Sacromonte', cuya escritura no era uniforme, ya que 'estaban escritos en su mayoría en árabe, alguno en latín e incluso en castellano'. Se refiere también cómo las circunstancias de su hallazgo 'podrían dar lugar a un relato muy novelesco, casi folletinesco; porque en él intervienen buscadores clásicos de tesoros, moriscos del pueblo, empleadillos, hombres de leyes y de iglesia y gente piadosa y visionaria'. En estos textos se trata de ciertas profecías, rituales sagrados, de enigmas y misterios, como los que vio Santiago en el monte Santo, etc., y en donde la fantasía de los crédulos se mezcla, seguramente, con la defensa de intereses religiosos en un momento crítico en el que hay muchos momentos críticos no sólo en lo político, sino también en lo religioso. La secuela de estos 'plomos' y su seguimiento a través de la exposición de Caro Baroja nos coloca ante una abigarrada historia de leyendas y falseamientos que puede hacer las delicias de cualquier lector aficionado a historias meándricas y curiosas.

En la cuarta parte, se nos plantea la personalidad rara y curiosa del Padre Jerónimo Román de la Higuera, jesuita toledano, a quien se 'deben los cronicones falsos más famosos en relación con la historia de España en general y en particular la religiosa, centrada con máxima frecuencia en su ciudad, Toledo', y a quien Caro Baroja no duda en aplicarle el calificativo de 'mitómano', aquejado de 'delirio de grandeza' y que entra de lleno en el campo de la psicopatología, y especialista, sobre todo, en 'ficciones genealógicas'. En una quinta parte, se nos habla del 'crepúsculo de los cronicones', refiriéndose, en primer lugar a la 'Mística Ciudad de Dios', la más famosa de las obras de Sor María de Jesús de Agreda, entre otros, dándose fin de esta manera a una serie de peregrinas falsificaciones.

Santiago Aizarna